



### Memoria, pasado y futuro

Por Hilda Sábato

Facultad de Filosofía y Letras de la UBA- Conicet

Texto publicado en: Puentes, No.1, agosto de 2000, bajo el título "La cuestión de la culpa"

**Dada la enorme dificultad que exhibe el tema que nos convoca, voy únicamente a desgranar algunas ideas y sugerencias para estimular discusión en torno de tres puntos centrales del debate contemporáneo sobre la memoria: Memoria colectiva, memoria e historia y "nuestra" memoria.**

#### 1. Memoria colectiva

¿Qué recuerda, cómo recuerda un grupo humano determinado? ¿Cómo rescata y selecciona, ordena y narra los hechos del pasado que intenta rescatar del olvido a que están condenados la mayor parte de ellos? En sus "Reflexiones sobre el olvido" Yosef Yerushalmi sostiene que la memoria colectiva de cualquier grupo humano se construye rescatando aquellos hechos que se consideran ejemplares para dar sentido a la identidad y el destino de ese grupo.<sup>1</sup>

Aunque teñida de cierto esencialismo comunitarista, esta definición tiene la ventaja de que pone en primer plano una cuestión que me parece central al abordar el tema de la memoria colectiva: la construcción de la memoria es una operación cultural que se funda sobre valores. El pasado se convierte en cantera para la recuperación de materiales y experiencias ordenados como relato que encarnan a la vez que buscan instituir un recuerdo ejemplar para un grupo humano.

¿Qué pasa cuando ese grupo humano es una nación? En primer lugar, como ha señalado en un trabajo reciente Hugo Vezzetti, "Dado que la sociedad no es concebible como un actor colectivo homogéneo y no hay un fundamento esencial permanente, coexisten memorias y tradiciones diferentes" que, agregado yo,

remiten a constelaciones de valor también distintas.<sup>2</sup> Con el fin del mito nacional, el pasado se ha abierto a apropiaciones e interpretaciones diversas que han dado lugar a confrontaciones tan cargadas como las que rodean a la revisión del pasado de Vichy en Francia o las renovadas polémicas sobre la Shoah. Sin embargo, esta rivalidad de memorias, que se considera un rasgo fundamental de toda sociedad pluralista, no está asegurada. La memoria -como nos alerta Oliver Mongin- puede convertirse en esencialista, totalizadora, cuando grupos que propugnan una identidad fuerte, sustancial, intentan fundar dogmáticamente el futuro a partir de la remisión a un pasado estable depositario de valores de tradición. Los ejemplos no faltan. Por esta vía, hasta el terror puede llegar a legitimarse invocando "la memoria cultural, nacional y religiosa".<sup>3</sup>

¿Es imposible, entonces, pensar en una memoria colectiva nacional, que no aplaste la diversidad, que asegure el pluralismo? Aquí entramos en un territorio en disputa, porque la idea misma de nación y de la identidad nacional lo están. Se pueden, sin embargo, ensayar algunas salidas. Jürgen Habermas, por ejemplo, ha propuesto una identidad nacional basada en ciertas concepciones universales y en lo que llama "patriotismo constitucional". La base comunitaria de la nación estaría, en ese caso, en el pacto político democrático que constituiría el principal lazo solidario entre sus habitantes, más allá de sus diferencias en otros planos. Se trata, como es sabido, de una propuesta muy discutida y discutible. Lo atractivo de este planteo para nuestro debate es que permite pensar en una comunidad nacional

<sup>1</sup> Yosef Yerushalmi: "Reflexiones sobre el olvido" en Y. Yerushalmi y otros: *Usos del olvido*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1989.

<sup>2</sup> Hugo Vezzetti: "Variaciones sobre la memoria social" en *Punto de Vista*, N° 56, 1996.

<sup>3</sup> Olivier Mongin: "¿Una memoria sin historia?" en *Punto de Vista*, N° 49, 1994.

no esencialista, capaz de albergar grupos culturalmente heterogéneos. En el plano que hoy nos ocupa, si la construcción de la memoria es –como dijimos– una operación cultural fundada sobre valores, podemos postular un trabajo de memoria centrado en la recuperación de hechos que permitan consolidar valores tales como la defensa de los derechos humanos y las libertades democráticas, que son constitutivos de una identidad colectiva en el sentido mencionado arriba. Volveré sobre este punto.

La memoria se vincula explícitamente con la construcción de identidad, o mejor, de formas identitarias que, aunque cambiantes y heterogéneas, dan cohesión a grupos humanos, a comunidades culturales, e incluso a las naciones. Pero ¿qué es, entonces, lo que la diferencia de la historia?

## 2. Memoria e historia

La historia hoy se ha desgajado de ese papel legitimante del estado-nación que la llevó a la gloria. Con el fin de la novela nacional, desaparece también ese movimiento histórico que aseguraba “el deslizamiento desde el pasado hacia el futuro por la mediación del presente”, donde el futuro aparecía como novedad pero también como destino (nacional). Esto no ha significado, sin embargo, el fin de la historia como disciplina. Ella florece, desprendida de sus imperativos teleológicos y de sus obligaciones identitarias (propias de la era de auge de los estados nación); se ha autonomizado como saber.<sup>4</sup>

Esta situación ha generado una fuerte controversia en torno a las relaciones entre historia y memoria colectiva. Están, por una parte, quienes quieren subsumir la historia en la memoria, entendiendo a esta última como la única que remite a la vivencia auténtica, y permite recuperar el pasado sin misticismos. Otros, en cambio, insisten en la oposición entre ambas, para proteger a la historia de las trampas de la memoria. Finalmente, están quienes entienden a la relación como suplementaria, como la base de “una interacción mutuamente cuestiona-

dora o un intercambio dialéctico abierto que nunca termina de cerrarse”.<sup>5</sup>

Por cierto que el tema es demasiado complejo como para desarrollarlo en pocas líneas. Más allá de la relación entre ambas construcciones –la de la historia y la de la memoria– vale la pena, sin embargo, reflexionar sobre el papel de los historiadores y de la investigación histórica en los trabajos de memoria. Daniel Levy considera a los historiadores como “actores importantes que, investidos de la legitimidad impartida por su carácter de expertos, contribuyen a forjar la identidad colectiva vinculando el pasado y el presente, proporcionando continuidades y un repertorio de memoria” materiales a los que la comunidad nacional puede recurrir para autodefinirse.<sup>6</sup>

Ha sido precisamente la autonomización de la historia con respecto a los mitos nacionales que ha abierto el camino para la disputa por los símbolos y los hechos del pasado a incorporar a la memoria colectiva y a los procesos de formación de identidades. En ese marco, el discurso historiográfico circula en la esfera pública y los historiadores con frecuencia se han convertido en actores importantes de ese espacio. El debate entre ellos, además, trasciende muchas veces los límites de la academia y alimenta las discusiones políticas y culturales más amplias. Jürgen Habermas ha hablado del “uso público de la historia”, en ocasión del famoso debate de los historiadores -el *Historikertreit*- desatado en Alemania hacia fines de los '80. Y han sido historiadores revisionistas de distinto cuño quienes, en varios países, han contribuido recientemente de manera decisiva al cuestionamiento de las identidades heredadas, de los motivos fundantes de las memorias nacionales.

La investigación histórica puede, entonces, actuar contra las cristalizaciones de la memoria individual y colectiva, abrirlas a la interrogación, cuestionar el

---

<sup>4</sup> Olivier Mongin: “¿Una memoria sin historia?” en *Punto de Vista*, N° 49, 1994.

---

<sup>5</sup> Dominick LaCapra: *History and Memory after Auschwitz*. Ithaca y Londres, Cornell University Press, 1998.

<sup>6</sup> Daniel Levy: “The Future of the Past: Historiographical Disputes and Competing Memories in Germany and Israel” en *History and Theory*. Vol 38, N°1, Febrero 1999.

conformismo, luchar contra la complaciente "memoria-hábito".

### 3. "Nuestra" memoria

Estamos aquí para contribuir a rescatar del olvido futuro el pasado de horror y terror de la dictadura más sangrienta de nuestra historia e incorporarla a nuestra memoria colectiva. La palabra "nuestra" introduce de inmediato un interrogante: nuestra ¿de quién? Quisiera ahora retomar la idea de nación que mencioné anteriormente. Si pensamos en la Argentina nación entendida como comunidad política democrática, serán los valores de la democracia los que deberán fundar el proceso de construcción cultural de la memoria de la dictadura. Por cierto que hay diferentes versiones de ese pasado y que la lucha por dar sentidos específicos a los contenidos de la memoria se multiplican y seguirán multiplicándose. Sería importante, sin embargo, crear un consenso, amplio, básico, y que será sin duda inestable, en la interpretación del terror de manera tal que se constituya en un núcleo compartido colectivamente por quienes se identifican con la Argentina como comunidad democrática.

No estamos partiendo de cero. Existe ya un punto de arranque, un piso para trabajar sobre esa construcción. Me refiero al Juicio a las Juntas y el informe de la CONADEP. Ambos constituyen hechos decisivos y trascendentes de la historia argentina cuya importancia ética y política no puede exagerarse. Representan un momento clave en la construcción de la memoria colectiva. Afectaron los cimientos de nuestra identidad en la medida en que recuperaron hechos hasta entonces "olvidados" para convertirlos en materia de nuestra memoria. No se trató solamente de la revelación pública del horror de los crímenes cometidos por el poder militar, pues en realidad buena parte de esa información estaba disponible antes del juicio. Los argentinos habían elegido no enterarse: ni las declaraciones de los organismos de derechos humanos ni las denuncias internacionales ni los reclamos por la vida dramáticamente reiterados por las Madres de Plaza de Mayo habían alcanzado para perforar la sordera de una parte nada desdeñable de nuestra opinión pública. El gesto del juicio y del informe introdujo en ese terreno un cam-

bio fundamental, pues colocó el tema de los derechos humanos en la base misma de la institucionalidad democrática. Ese tema se instauró de manera totalmente novedosa en la sociedad argentina, como aspecto fundador y constitutivo de la comunidad política que comenzó a organizarse en torno de sus principios. La revisión del pasado del terrorismo de estado se convirtió en una instancia clave para la construcción del futuro.

Se definió así un piso consensual de memoria colectiva, inestable sin duda, sujeto a controversia, pero un piso al fin, fundado sobre valores que no necesariamente habían formado parte de la identidad argentina anterior. Lo que vino después, sin embargo, no fue una afirmación o profundización de la senda que marcaba ese gesto inaugural, sino una alternancia de hechos y momentos bastante más confusos en cuanto al proceso de construcción de la memoria colectiva. Obediencia debida, punto final, indulto y otros retrocesos no alcanzaron sin embargo para clausurar la búsqueda. Los trabajos de memoria continúan en muchas y variadas direcciones, como lo demuestra este encuentro.

Profundizar el consenso social en torno al pasado a partir de esos valores democráticos que hoy gozan aprobación colectiva -el pluralismo, el antiautoritarismo, la igualdad y la libertad- requiere continuar con la revisión pero también abordar algunas cuestiones que hasta el momento han sido escasamente exploradas. Voy a mencionar aquí sólo una de esas cuestiones: la pregunta acerca de lo que se ha llamado, en el caso alemán, "la responsabilidad colectiva por el contexto mental y cultural en que los crímenes fueron posibles".<sup>7</sup> No me refiero aquí a la culpa o a la responsabilidad jurídica, sino a la dimensión social del clima de ideas predominante durante esos años de terror. Existen, por cierto, exploraciones individuales e investigaciones históricas de ese difícil terreno, pero todavía no se ha generado un clima colectivo de autorreflexión sobre ese pasado. Frente a las revelaciones del Nunca Más o del Juicio a las Juntas, y a las que siguieron a lo largo

---

<sup>7</sup> "Overcoming the Past", diálogo entre Jürgen Habermas y Adam Muchnik en *New Left Review*, N° 203, 1994.

de todos estos años, buena parte de los argentinos respondimos como espectadores que descubren, se asombran y condenan a los crímenes y los criminales, pero ningún momento se incluyen en la escena. Sin embargo, como nos muestran los historiadores sin complacencias, todos y cada uno de nosotros formábamos parte de ella. Es sobre nuestro lugar en la escena que debemos, también, interrogarnos, para rescatar del olvido hechos que hoy permanecen todavía ocultos, "olvidados".